

## NOCHE DE RANAS (VERDE)

Hace ya unos cuantos de años que la caza de ranas está prohibida. La medida podía parecer drástica, pero lo cierto es que iban desapareciendo. Este hecho es debido, entre otros motivos: al incremento de productos químicos utilizados en la agricultura, que terminan en las charcas, y resultan tóxicos para ellas; y también al excesivo número de cigüeñas, para las que representan un apetitoso manjar. En los pueblos se echa de menos el incesante croar –especialmente durante las calurosas noches de verano- de estos pequeños animales que abundaban en nuestras charcas.

Recuerdo que durante los años de mi adolescencia y primera juventud era una tradición, bastante arraigada en el pueblo, el ir a encandilar ranas las noches vísperas de las tres fiestas nacionales de la época veraniega: 18 de julio (Commemoración del Día del Alzamiento Nacional), 25 de julio (Día del Apóstol Santiago) y 15 de agosto (Día de la Asunción de la Virgen). Un parón no sólo recomendable, sino también necesario en los esforzados trabajos del verano agrícola castellano.

Éramos un grupo de 8 a 10 amigos que, no antes de la medianoche, de manera especial si no había luna, aunque el cielo se encontrara ya bien tachonado de estrellas, llevando sacos y linternas nos dirigíamos a la charca elegida. Habíamos salido del pueblo en animada conversación, siempre acompañados por el cri-cri de los grillos (podía decirse, remedando al poeta García Lorca, que *se apagaban las luces y se encendían los grillos*) y el croar, cada vez más cercano de las ranas. Por el camino, siempre alguien recordaba la posibilidad de que otro grupo se nos hubiera anticipado; y alguna vez tuvimos que cambiar de destino, por ese motivo. La conversación se interrumpía en la cercanía de la charca. Había que tener cuidado para no espantarlas. A pesar de todo, cuando llegábamos a la charca, las ranas de la orilla más próxima a nosotros callaban, y sentíamos el pequeño chapoteo que producían las que -estando fuera del agua- saltaban a ella sumergiéndose. Mientras tanto,

en el resto de la charca, amparándose en la seguridad que les proporcionaba la distancia, continuaban con su monótono croar.

Los preparativos comenzaban descalzándonos, y los que no disponían de pantalón corto se lo regazaban hasta por encima de las rodillas, o se quedaban en calzoncillos. Además, si la camisa era de manga larga se recogía hasta los codos. Ambas operaciones eran suficientes, pues el recorrido se hacía por la orilla. No era necesario introducirse en el agua más arriba de las rodillas. Nos organizábamos en parejas: uno llevaba la linterna en una mano y con la otra cogía las ranas y las metía en el saco que portaba el segundo; éste, como es lógico, situándose siempre detrás del primero. Cada pareja se recorría toda la charca, pero comenzaba por una zona distinta y terminaba donde había comenzado.

El modus operandi era sencillo: se encendía la linterna y -una vez encandilada la rana- ésta se quedaba inmóvil y fija a la luz; entonces, el cazador -con un movimiento rápido y lo menos brusco posible- le echaba mano y... ¡al saco!

Nunca dejábamos de admirarnos de la facilidad con la que se desarrollaba nuestra acción. Las ranas nadaban hacia la luz como si ésta fuera un poderoso imán que las atraía. ¿No se daban cuenta de nuestra presencia?, o ¿no les importaba?, porque a pesar de todo acudían a la luz. Era increíble que se dejaran atrapar de esa manera; pues, si había silencio, sin necesidad de ser muy habilidoso, el cazador podía conseguir que no menos del 90% de los intentos resultasen un éxito.

La operación debía hacerse sin producir chapoteo en el agua para evitar que se espantasen otras que también querían seguir la magia de la luz a la que se iban acercando. Si, por cualquier causa, las ranas desconfiaban, se sumergían; entonces, lo mejor era apagar la luz y quedarse quietos durante algún minuto. Después, se encendía de nuevo la luz y volvían a aparecer sus cabezas sobre la superficie del agua.

Por supuesto, que las interrupciones solían deberse a risas producidas por los comentarios y ocurrencias graciosas; cuando no era en una pareja lo era en otra. Teníamos una

expresión común, de asombro, para cuando se obtenía un ejemplar de mayor tamaño:

*“¡Halaaa qué tanque!”*

Existía un pequeño peligro en el hecho de estar metido en una charca durante un rato: que hubiera sanguijuelas. Entonces, cuando se sentía la picadura, no debías demorarte en salir a la orilla e intentar desprenderla lo antes posible, porque significaba que ya te chupaba sangre. ¡Y qué difícil resultaba desprenderlas!, porque con las manos húmedas su cuerpo resbaladizo no era fácil de asir para desembarazarte de ella. Los calcetines largos y las medias de jugar al fútbol fueron la solución para que el problema de las sanguijuelas se redujera al mínimo, y su picadura fuera una excepción.

Recorrida la charca completa por todas las parejas, si considerábamos que habíamos conseguido, por lo menos, ocho o diez docenas de capturas, dábamos por terminada esa faena. Cuando abandonábamos la charca la luna ya rielaba en ella y, en nuestra última mirada, antes de alejarnos observábamos que comenzaban a aflorar a la superficie decenas de cabezas. Podíamos respirar tranquilos, no habíamos esquilado la charca; aún quedaban para alguna batida más, y para criar. Regresábamos al pueblo, contando y repasando las peripecias acaecidas. Por supuesto, en un ambiente aún más alegre y jocoso que el de la ida; y ya pensando en el banquete que nos íbamos a dar con ellas. Pero, antes de ello, nos quedaba otra tarea mucho más prosaica y desagradable: matarlas y pelarlas, dejándole sólo las ancas; lo único comestible.

Ya en el pueblo, nos situábamos bajo la mortecina luz de una bombilla del precario alumbrado público y provistos de navajas y cuchillos abordábamos la desagradable tarea. Se trataba de una pequeña orgía de violencia y sangre que –seguro- hoy en día repugna a cualquier persona medianamente sensible. Actualmente, casi con sólo recordarlo, hiere profundamente mi sensibilidad, y no sería capaz de soportarlo; pero, entonces, en los pueblos esto se veía con bastante naturalidad. Lo mismo que la matanza de cerdos y

gallinas. Eran tiempos, todavía, en los que estos hechos formaban parte de la vida de un pueblo y a los que nos habíamos acostumbrado desde bien pequeños.

Para matar las ranas, se cogían por las dos patas y se golpeaba la cabeza contra una piedra o contra la pared, mejor si era una esquina. Después se cortaban con la navaja o el cuchillo, dejando aparte las ancas, que se pelaban. No era difícil esto, pues, en cuanto se podía agarrar algo la piel y tirando de ella no se le quitaba a jirones; sino que –de una sola vez– quedaban desolladas rápidamente, y se iban depositando todas en un cubo o herrada, que uno se encargaba de guardar hasta cerca del mediodía, cuando se llevaban al bar para que las guisasen ese mismo día. La merienda sería por la tarde.

Todas las operaciones referidas requerían varias horas, de manera que nos íbamos a la cama no antes de las cuatro o cinco de la madrugada.

La preparación más habitual era freirlas y se servían con salsa de tomate. Para beber solíamos pedir varias jarras de cerveza con gaseosa. Como es lógico reinaba una buena armonía entre todos. ¡Ah! Y nunca faltaba por decir la frase siguiente: *“Si te comes algún hueso de la rana no volverás a mear”*